

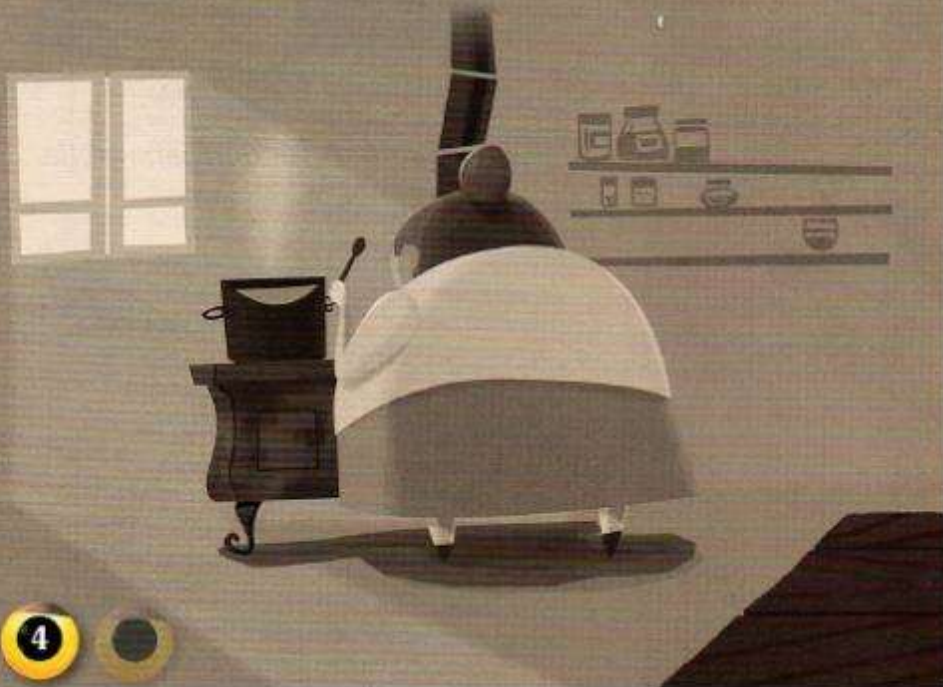
LA SEÑORA CLO

Bernardita Muñoz



 edebé
Editorial Don Bosco

Una tarde de verano la señora Clo llegó a mi casa. Unos caminantes se la cambiaron a mi mamá por un frasco de mermelada de damasco. La traían agarrada de sus patas, cabeza abajo, lista para la cazuela, por el camino de Cochiuaz.



Casi no le quedaban plumas, estaba lánguida y tenía los ojos cerrados. Parecía muerta, pero cuando me acerqué, abrió prontamente sus pequeños ojos amarillos y me miró.

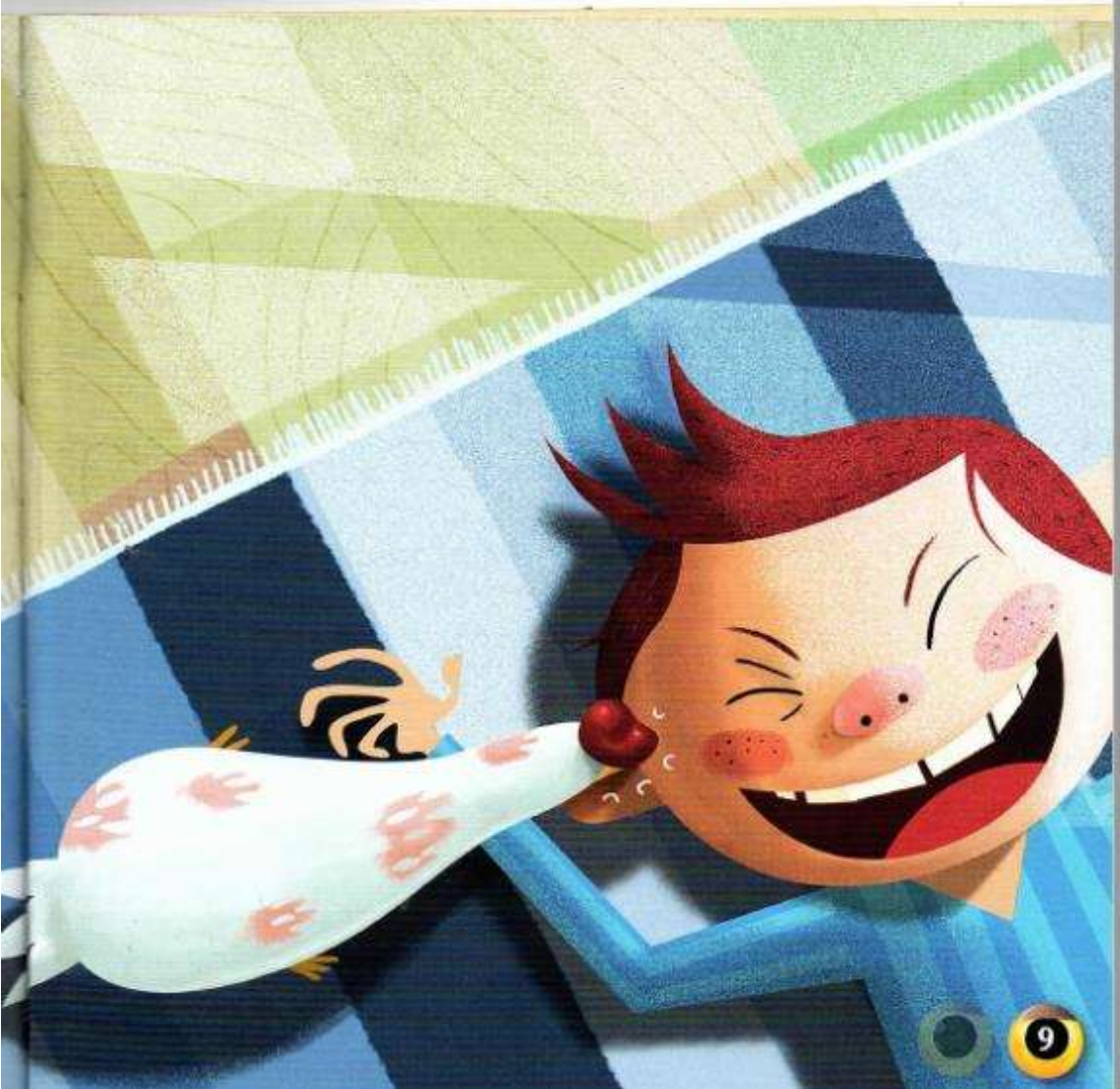


Algo había en su mirada que me llamó la atención. Era como una fuerza especial. Sus ojos decían que había tenido una vida difícil, pero que todavía conservaba su fortaleza.

Y de a poco fue reviviendo.

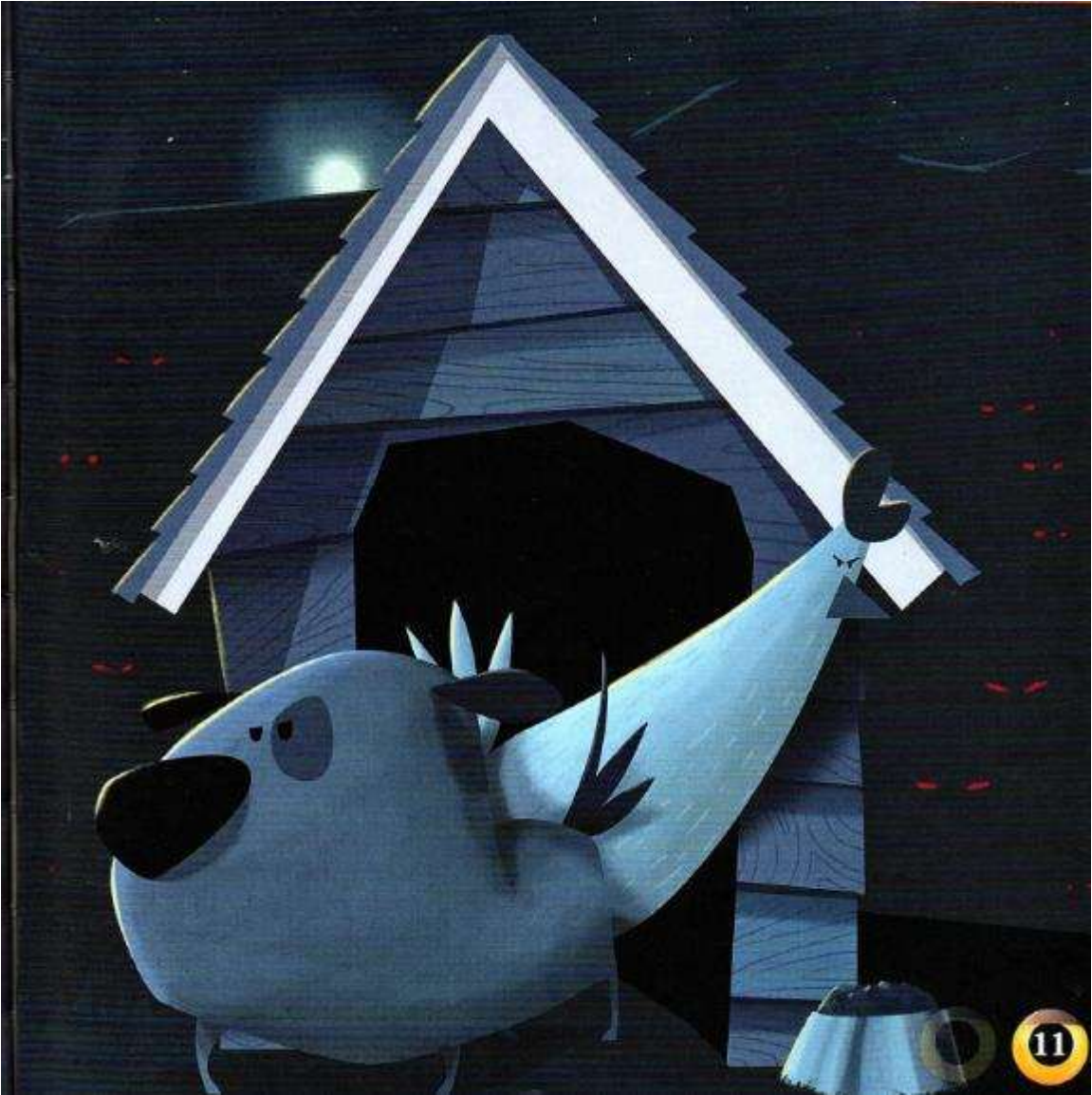


El primer día se quedó casi inmóvil en una esquina del patio. El segundo, empezó a dar pequeños saltos. Al tercero, dio una vuelta. Al cuarto, ya me seguía para todos lados. Al quinto, me picoteaba las orejas en señal de cariño. A la semana, andaba por todas partes con su inconfundible *¡clo, clo, clo, clo, clo!* Así que, como ya tenía sus años, la llamamos Señora Clo.



Después de olfatear todos los rincones de su emplumado cuerpo, Canela la aceptó en su espacio. Desde la primera noche le hizo un hueco en su casucha. Compartían la comida y se protegían de los animales hostiles.





Pronto, la señora Clo aprendió a escarbar la tierra en busca de gusanos y corretear a los gorriones que venían a robarle su comida. Poco a poco, fue recuperando sus plumas y aprendiendo los secretos del valle.



En seguida nos dimos cuenta de que la señora Clo era una gallina especial. Lo que más le gustaba era ver la puesta de sol, y su comida favorita eran los tallarines, tal vez porque los confundía con gusanos.

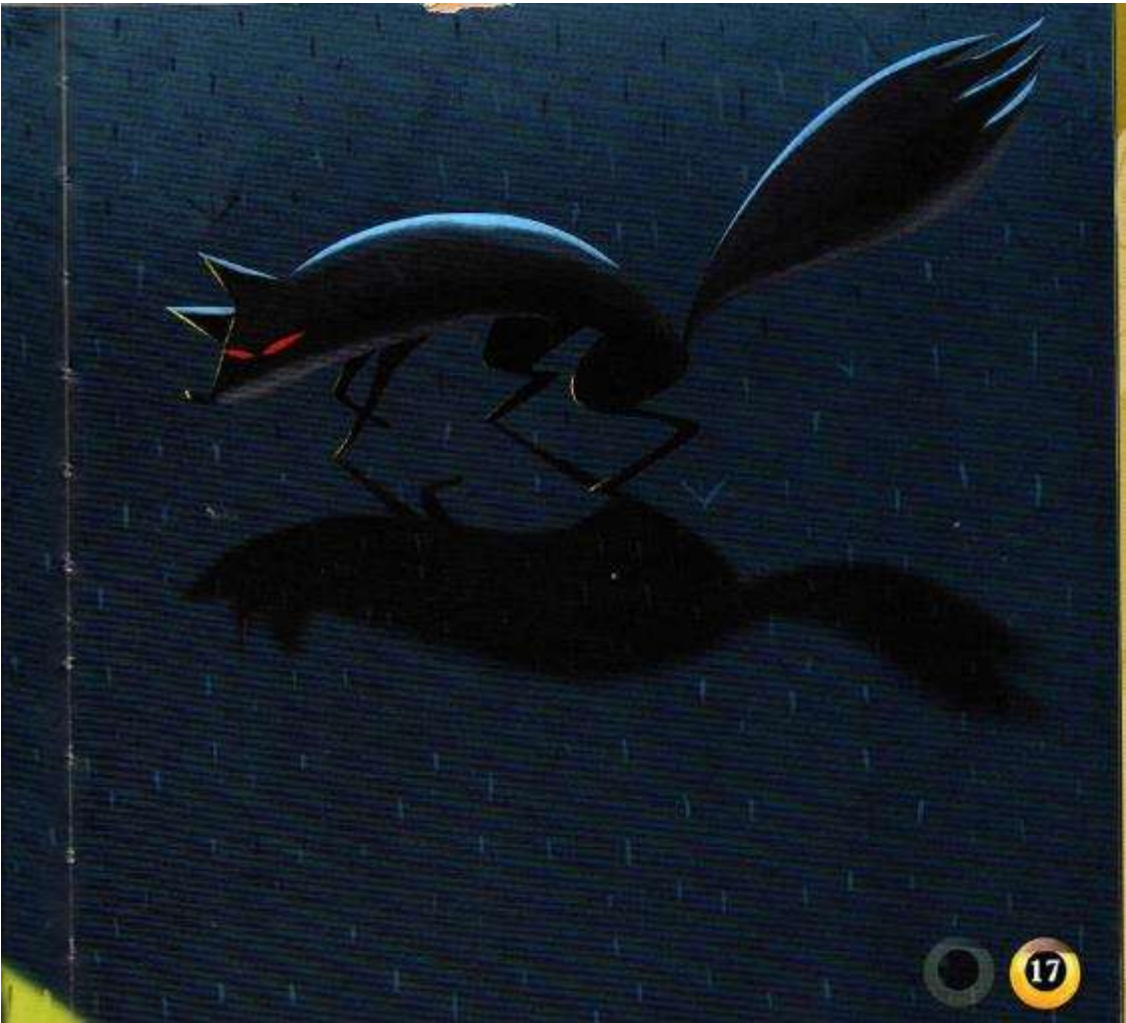


Cada mañana, la señora Clo y Canela venían a despertarme a mi ventana. Canela, con su ¡guau!, ¡guau!; la Señora Clo, con su ¡clo, clo, clo, clo, clo! Por las tardes, jugábamos debajo del sauce. Cuando anocheecía, nos acurrucábamos a mirar las estrellas. Lo pasábamos muy bien. Éramos inseparables.





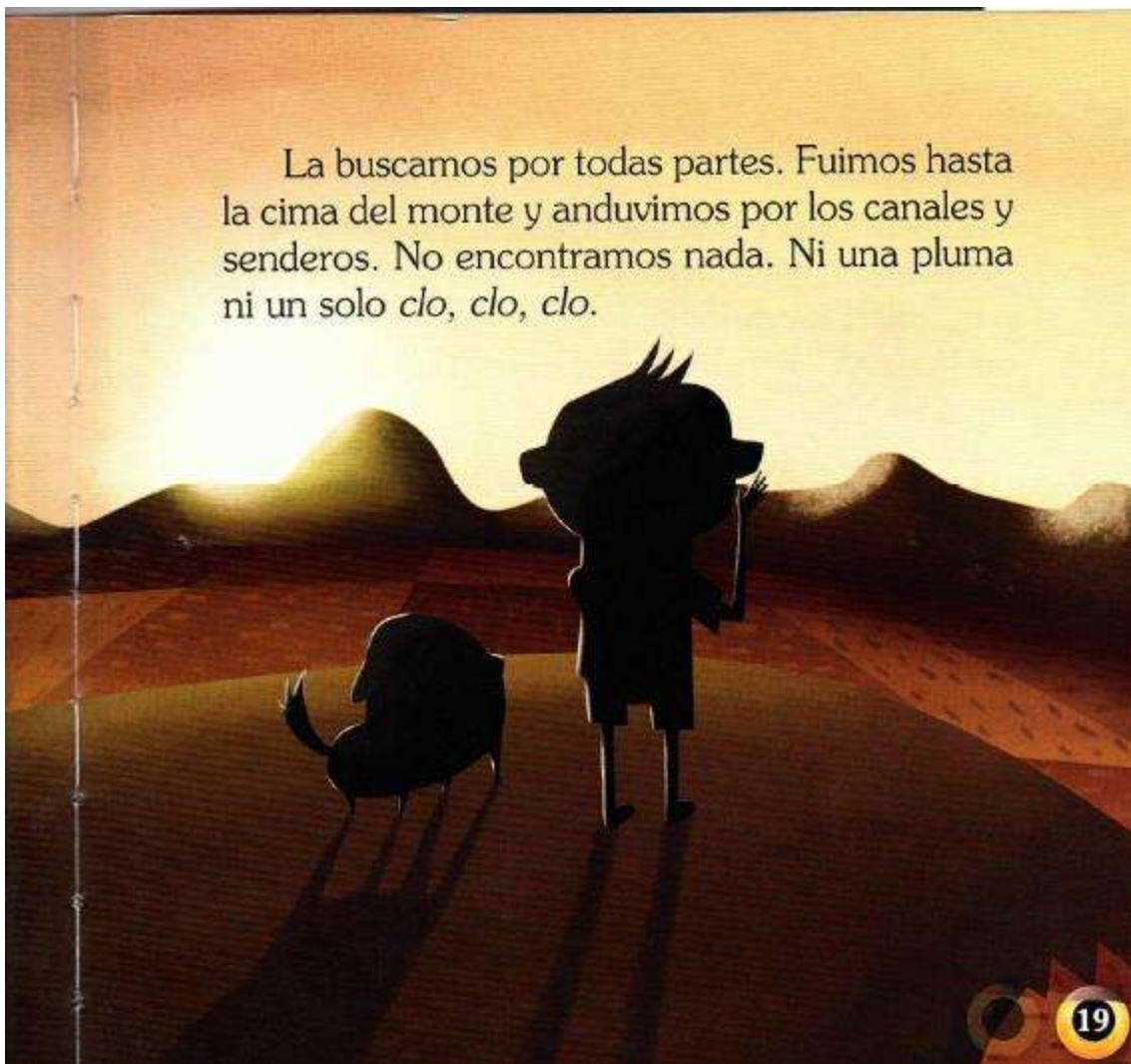
Hasta que una noche me desperté con un ruido. Era un zorro. Un zorro que había bajado hasta el valle. Un zorro hambriento en busca de comida. Quise salir, pero mi mamá me detuvo.

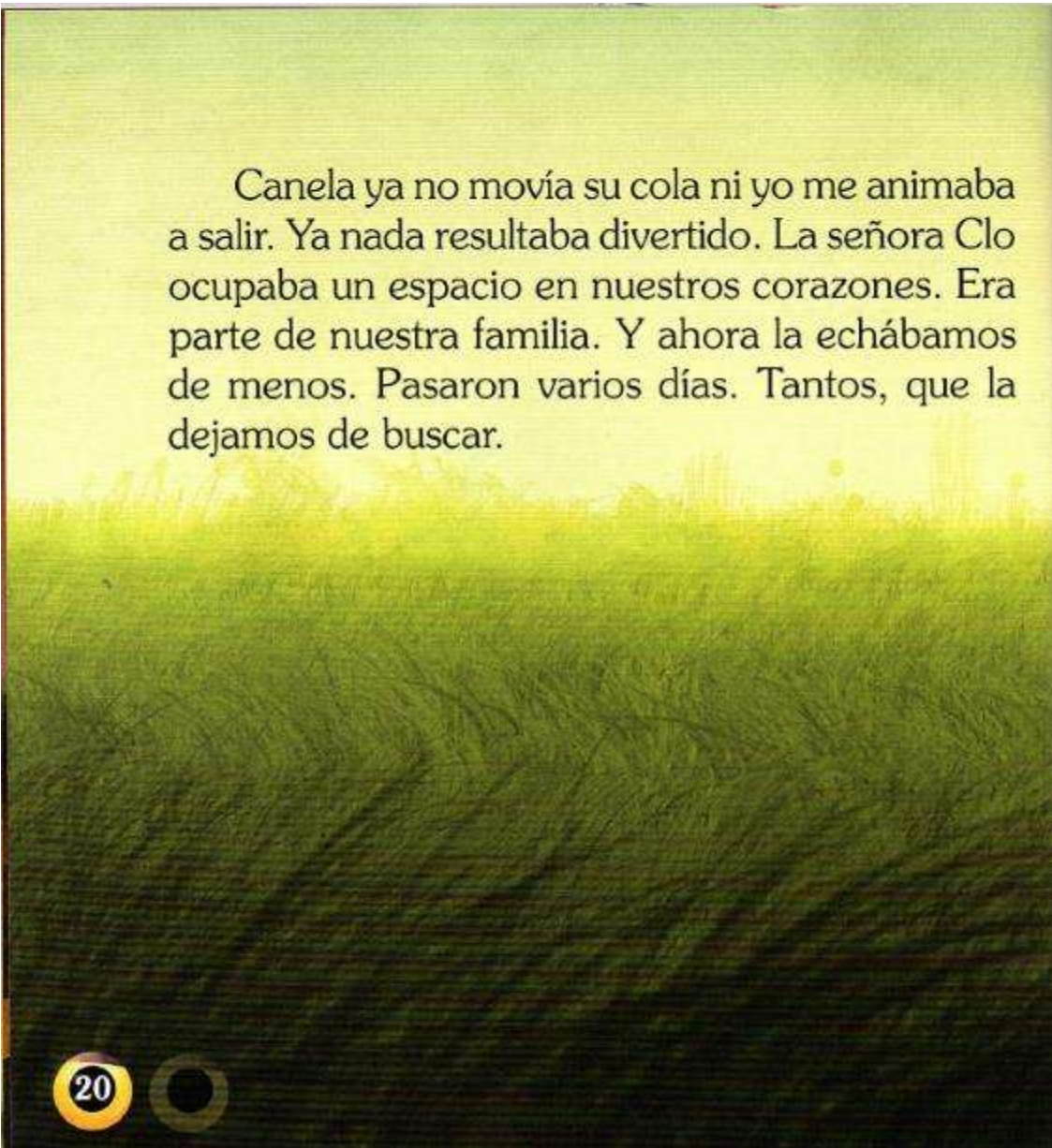


Apenas amaneció, Canela me esperaba con sus ojos tristes afuera de mi ventana. La señora Clo no estaba.

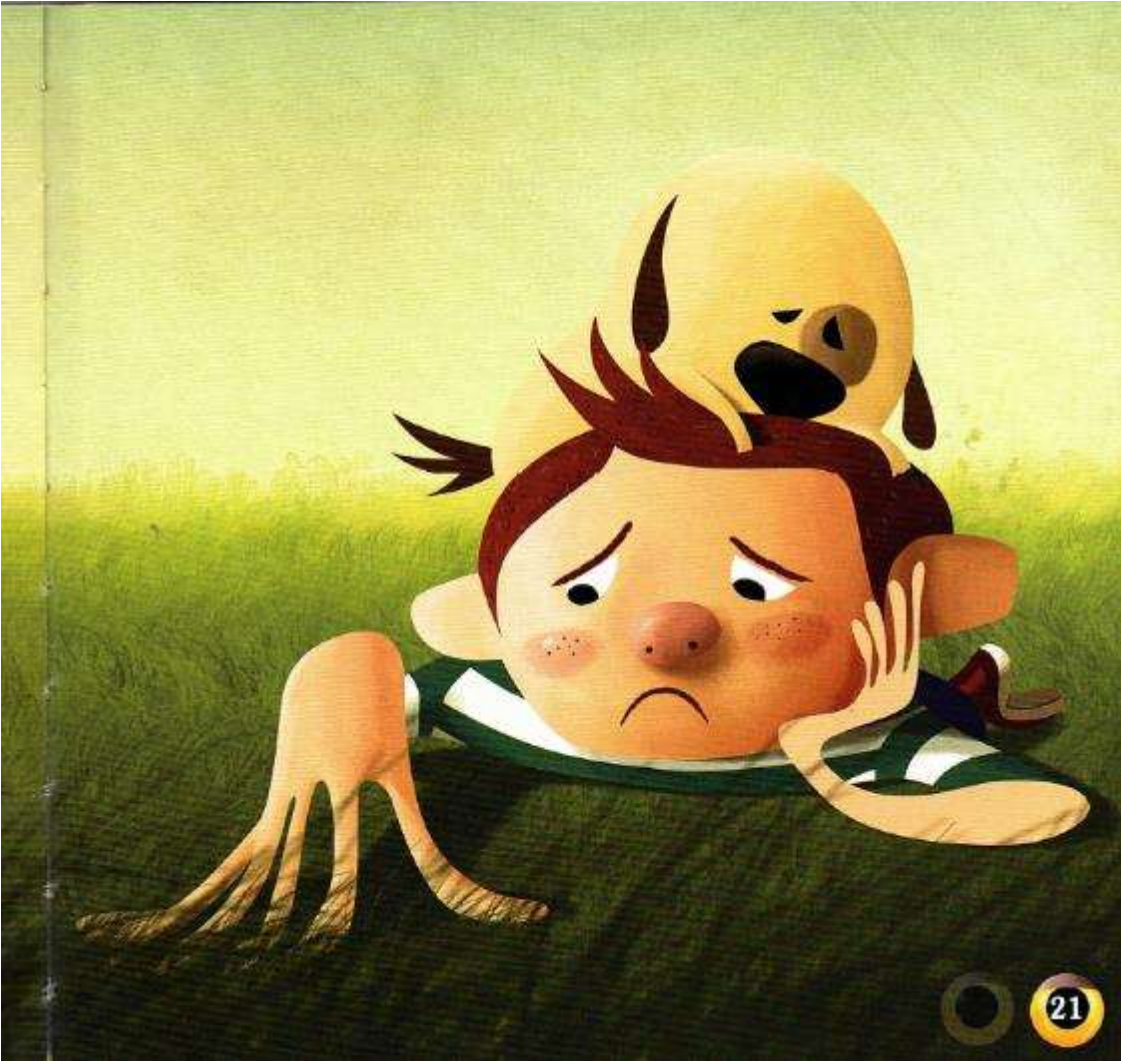


La buscamos por todas partes. Fuimos hasta la cima del monte y anduvimos por los canales y senderos. No encontramos nada. Ni una pluma ni un solo *clo, clo, clo*.

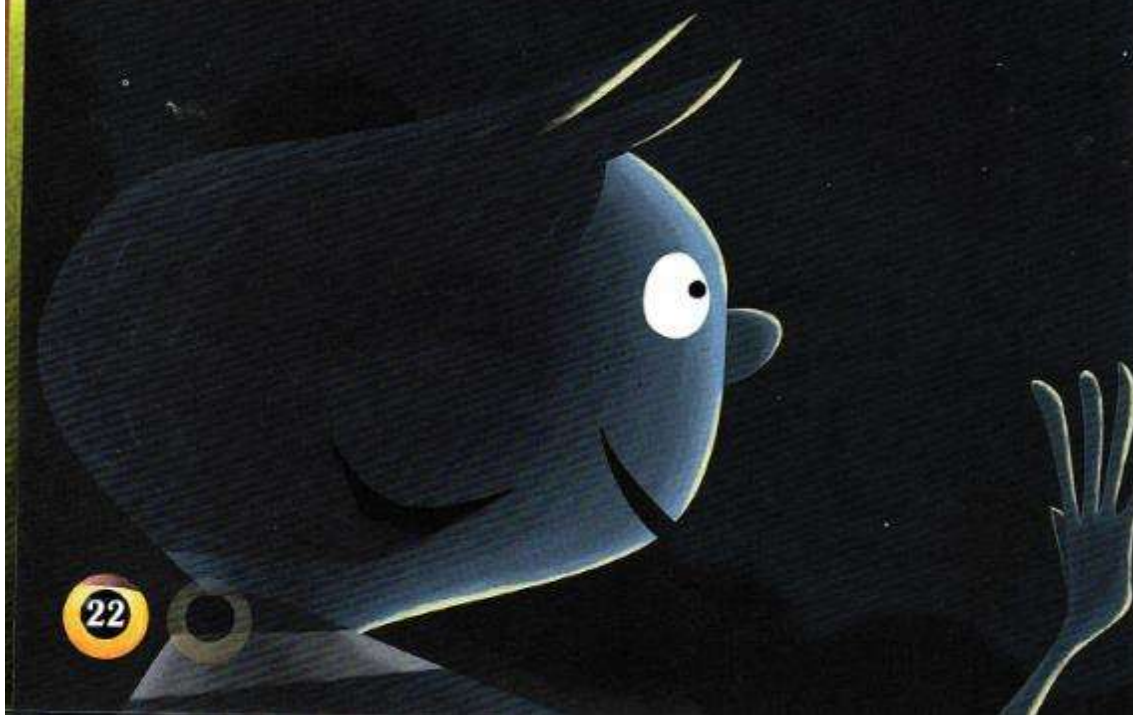




Canela ya no movía su cola ni yo me animaba a salir. Ya nada resultaba divertido. La señora Clo ocupaba un espacio en nuestros corazones. Era parte de nuestra familia. Y ahora la echábamos de menos. Pasaron varios días. Tantos, que la dejamos de buscar.



Hasta que una noche apareció entre mis sueños. Estaba en la cima de un álamo. La brisa la mecía suavemente. Subí rápidamente a buscarla. Pero no alcanzamos a tocar el suelo cuando voló nuevamente a posarse en las ramas más altas.



Su lugar ya no estaba en la Tierra.
Estaba allá arriba, brillando junto a las
estrellas.

Fin

